

jovial, de maestro de escuela sin vanidad, de apóstol sonriente. Y también, y sobre todo, porque en el fondo de su obras hay algo que es bello y que es grandioso como todas las locuras: la locura de la Vulgaridad y del Buen Sentido.

LOS APOSTOLES PARISIENSES

LOS APOSTOLES PARISIENSES

UNA DEFINICIÓN DE AUGUSTO DE ARMAS. — UN LIBRO NUEVO.

— LOS PARISIENSES. — LOS QUE SON APÓSTOLES Y PARISIENSES. — ALEJANDRO DUMAS. — EL PADRE MONSABRÉ.

Hace tres ó cuatro años ocurrióseme publicar en cierta revista más efímera que literaria, una colección de siluetas modernas con el título general de **PARISIENSES**. Cuando el primer artículo, consagrado á Richepin, hubo aparecido, mi buen amigo Augusto de Armas me vino á ver y después de hacerme algunos elogios llenos de discreción y de bondad, me dijo:

— Lo que no me gusta es el título... *Parisienses?* no; verdaderamente, eso es vulgar y además es falso, porque ni Richepin ni la mayor parte de los poetas á quienes has de retratar, son parisienses en el puro sentido de la palabra. — Bien se me alcanza que lo que quieres decir es « personas que viven, que trabajan y que figuran en París »; pero en ese caso Racine sería también un parisiense, y Corneille otro,

y Víctor Hugo otro. A mi modo de ver los únicos que merecen el nombre ó, mejor aún, el *título* de parisienses, son los que tienen esa gracia ligera y sonriente que caracteriza á François Coppée, á Aureliano Schol, á Ludovico Halévy, á todos los artistas, en fin, que habiendo nacido en Francia, ó en San Petersburgo ó en China, saben dar á sus obras un perfume de fresas, de champaña y de polvos de arroz. Richepin es poeta francés por la lengua y por el nacimiento; mas por el cerebro lo mismo podría ser alemán que español: en cambio, Gip, Colomba, Catulo Mendez y Enrique Meilhac, serían parisienses aunque escribiesen en polaco ó en italiano.

* * *

El actual director del *Gil Blas*, F. Chevassú, debe de pensar como el pobre bohemio de las *Rimas Bizantinas*, pues al reunir en volumen sus artículos de crítica, ha tenido cuidado de no poner la etiqueta de « parisienses » sino á los veinte ó treinta artistas contemporáneos cuyas obras exhalan ese perfume sutil y penetrante que, según Augusto de Armas, se compone de fresas, de polvos de arroz y de champaña.

Naturalmente, entre los parisienses retratados por Chevassú, hay muchos que nacieron en el Mediodía,

muchos que nacieron en las provincias del Norte y aun alguno que es originario de Prusia. La nacionalidad es lo que menos importa. Lo interesante es el carácter.

Así, al subdividir su volumen en libros y su falanje en grupos, Chevassú sólo ha parado mientes en ciertas fronteras intelectuales que separan entre sí á los parisienses. Y por eso en vez de presentarnos primero á los « parisienses de París », luego á los « parisienses de provincia », y en seguida á los « parisienses extranjeros », ha hecho desfilar ante nuestros ojos cinco grupos compactos y puramente cerebrales, á saber: « los heróicos, » los « respetables », las « viejas coquetas, » los « diletanti » y los « apóstoles. »

* * *

¿ Los apóstoles?... ¿ Por ventura hay apóstoles parisienses... apóstoles cuyas predicaciones sean al mismo tiempo apasionadas y ligeras?... Porque León Bloy, que vive en la capital de Francia y que es apóstol, no tiene nada de parisiense, y el padre Didon, que es parisiense y que predica con elegancia, no merece el nombre de apóstol.

... ¡ Apóstoles parisienses! — ¿ Si serán los que

enseñan el Evangelio de la Moda, como el príncipe de Sagan, ó los que componen las Santas Escrituras del Refinamiento Moderno, como Huysmans?

No; los apóstoles parisienses, según Chevassú, son cuatro ingenios franceses que tienen bastante fuerza de voluntad para marchar siempre tras una idea fija y que saben plegarse bajo el peso de la obsesión con un gesto de gracia invariable.

Vedles pasar...

* * *

El primero es Alejandro Dumas hijo, el patriarca de los dramaturgos contemporáneos, el profeta de los moralistas actuales, el mejor y el más austero de los que enseñan sin fastidiar.

Su cualidad dominante es la entereza — entereza de carácter, entereza de sensibilidad y entereza de estilo. Para examinar el conjunto de su obra, no es necesario colocarse en varios puntos de vista ni llenar de «distingos» las páginas de la glosa.

Anatole France cree ver en sus ojos ese rayo de simplicidad casi divina que iluminó las miradas de los santos primitivos. Por mi parte nunca he podido pensar en él sin acordarme del abate Taconet, el tío de René Vincy, el amigo de Claudio Larcher,

el sacerdote hábil y duro que creía en la regeneración universal por la literatura y por la ciencia.

Un día Claudio explicaba al abate las pequeneces del gran mundo femenino. «Mire usted á la Susana que ha ocasionado la pérdida de René — le decía — Susana es un ejemplo típico. Hay en ella una mujer que quiere gozar del lujo y por eso se entrega sin placer y sin disgusto á un amante que la paga; hay también y al mismo tiempo, en ella, una mujer que quiere gozar del amor y por eso busca un amante joven é incapaz de regatearle las caricias; hay en ella, además, una mujer que quiere gozar de buen nombre, de buena fama, y por eso vive con su marido. Y estoy seguro de que ella quiere á los tres de modos diferentes... Algunas naturalezas son como esas cajas japonesas que contienen otras cuatro ó cinco cajas adentro... ¡Y son tan complicadas!»

— «¡Complicación! — exclamó el abate. No; yo no digo complicación sino suciedad.»

Del mismo modo debe de pensar Alejandro Dumas, cuando, al encerrar la vida moderna en los cuadros luminosos y robustos de sus dramas, se complace en enseñar las llagas sociales sin poner entre ellas y el espectador ese velo de tolerancia psicológica que hacía decir á Montaigne: «comprenderlo todo es perdonarlo todo.»

El autor del *Demi Monde* no perdona. Quizás

tampoco comprende, porque para comprender á la manera del filósofo de los *Ensayos*, es necesario salir de sí mismo y ponerse en la situación que determina los actos ajenos.

* * *

El segundo profeta es Juliette Lambert.

El tercero Lamoureux.

* * *

El otro es Monsabré.

La primera vez que le oí predicar, fué en la Magdalena. Su rostro, iluminado por la luz clara de las grandes vidrieras, parecía demasiado oscuro. Sus gestos, violentos y sin ritmo, producían una sensación de anacronismo en el púlpito aristocrático del templo mundano.

Más tarde pude verle de nuevo, en Nuestra Señora de París, transformado, engrandecido, embellecido por la penumbra de las ventanas góticas y por el marco de piedra gris que encuadraba su figura.

El auditorio mismo contribuía al cambio. La Magdalena es el santuario de la nobleza nueva, de la

nobleza que se viste de terciopelo rojo, que oye misa con abanico y que viene de todas partes; Nuestra Señora es la capilla inmensa y discreta, donde la verdadera gran dama parisiense, la dama que no habla inglés y que no ha olvidado aun la belleza de las sedas mates, va á pensar en algo que no es ni moda ni *flirt*. La Magdalena para el P. Didon; Nuestra Señora para el P. Monsabré. Y así cuando el Superior de los Dominicanos ordena un cambio de púlpitos, los dos templos se aburren y los dos predicadores se ponen en ridículo.

Para ver, pues, el Monsabré verdadero, es necesario esperar las cuaresmas de la catedral.

* * *

Grueso y robusto como un fraile de Rabelais, el P. Monsabré produce, con sus primeras palabras y con sus primeros ademanes, la impresión de un religioso contento de sí mismo y seguro de su elocuencia. Comienza hablando lentamente. Poco á poco el discurso se convierte en melopea; cada frase es un versículo cuyas sílabas finales brotan lenta y musicalmente de los labios del orador, para preparar el efecto de contraste que deben producir las palabras cortas y solemnes con que principia la otra frase... « Y

entonces Nuestro Divino Salvador creyó que su encarnación sería el principio de la vida de bondad. »

La primera parte del sermón termina, como había empezado, hablando de cosas celestiales.

La segunda parte debe referirse al mundo.

«Al mismo tiempo que Dios hablaba por la boca de Jesús á las almas puras, Satanás gritaba á las almas cobardes... »

La voz es más robusta, y los brazos, que antes sólo servían para marcar de un modo nervioso los finales de frase, se convierten en verdaderos instrumentos de batalla. Ese dedo que se crispa al dirigirse hacia el auditorio, señala al Vicio; esa mano que empuña los cordones del púlpito, cree tener cogida la cabellera de Satanás y vibra con vibraciones de pasión y de odio.

En el fondo, ninguna tolerancia, ninguna concesión; nada más que piedad, amor ó aborrecimiento, sin matices, sin sutilezas y sin hipocresías.

LAS RISAS Y LAS SONRISAS

DE

ERNESTO LA JEUNESSE

LAS RISAS Y LAS SONRISAS

DE

ERNESTO LA JEUNESSE

Para Luis Bonafoux.

Una tarde, en casa del autor de *Yanthis*, diez ó doce personas hablaban alegremente de todo lo que los literatos y las actrices pueden hablar sin decir muchas tonterías y sin fastidiarse demasiado. Hablaban de teatros, hablaban de libros y hablaban, sobre todo, de actrices y de literatos ausentes.

— « ¿Quién ha leído el último libro de Daudet? »
— « Y las memoras de Goncourt? » — « Un médico acaba de inventar unas pastillas para perfumar la boca y las ha dedicado á madame Rejane. » — « ¿ Y Marie Krisinska? » — « ¿ Y Luisa? » — « Su boca es un cementerio de niños. » — Los nombres ilustres iban y venían en la conversación, envueltos en frases irónicas ó acompañados de juegos maliciosos de palabras. Y

como todos estaban de buen humor y como las personas de quien se hablaba eran amigos cuyo verdadero defecto consistía en no estar presentes, las maldades inofensivas brotaban, en general, de los labios sin producir una impresión verdaderamente cruel.

De vez en cuando, sin embargo, una vocecilla aguda, agria, desagradable; una de esas vocecillas de polichinela carnavalesco, sonaba en un extremo del salón, articulando frases de una dureza rencorosa. — « D'Esparbes — decía alguien — ha oído la palabra del Emperador. » — « Lo que ha oído, respondía la voz estridente — es la palabra de Cambronne. » — Otro aseguraba: « Cuando dos personas se encuentran juntas, entre las dos casi siempre hay un estúpido. » Y la vocecilla replicaba: « Sí; y cuando usted y yo nos encontramos, el estúpido no soy yo »...

El que tan duramente se expresaba era Ernest Lajeneusse.

— Un hombre muy malo — me dijo Lorrain al presentármelo.

...Y la casualidad quiso que al salir de la casita de Auteuil en donde el poeta perverso y adorable de la *Floresta Azul* recibe á sus amigos, Lajeunesse y yo nos encontrásemos en la puerta. Y como los dos íbamos hacia Montmartre, nos fuimos juntos. Y durante una hora charlamos de muchas cosas y de muchos amigos — que los amigos me perdonen.

— Esa actriz que acaba de felicitarme por mi artículo contra el director del Odéon, me ha proporcionado un verdadero disgusto.

— ...¿Disgusto?

— Sí, porque si mi artículo le gusta á ella, mi artículo debe de ser muy malo.

La broma es antigua, gastada, casi vulgar. Moratín en el siglo xviii dijo:

...Pedancio, poco me altera,
Más pesadumbre tuviera
Si te gustaran á tí.

Y sin embargo, en labios de Lajeunesse esa vulgaridad tenía algo de macabro, algo que era como una mueca de bufón real ó como un chiste triste de payaso contrahecho.

Porque en Lajeunesse todo contribuye á producir un efecto de maldad áspera y envidiosa. Su voz, como ya lo he dicho, es chillona y estridente; y su figura no es más afortunada que su voz. Parece un chiquillo mal formado, con los ojos pequeños é incoloros bajo una arcada enorme de cejas negras, con las mejillas y los labios barbilampiños, con la boca un si es no es torcida y con las orejas más bien grandes que pequeñas. Y para completar ese conjunto de niño feo, un par de anteojos y un enorme sombrero de fieltro.

Al despedirnos me preguntó :

— ¿Le parezco á usted muy malo?

— ¿Malo? No. Más bien desagradable.

* * *

Buffon, un escritor que dijo muchas tonterías de una manera deliciosa, asegura en el más famoso de sus discursos que « el estilo es el hombre. »

Superficialmente considerado, Lajeunesse literato se confunde con Lajeunesse personal.

Su libro, su único y verdadero libro según la opinión general, *Las noches, los aburrimientos y las almas de nuestros más notorios contemporáneos*, es una colección de parodias y de sátiras agrias, sangrientas, épicas, entre las cuales desfilan en teoría burlesca, desfigurados, envueltos en andrajos de clowns, cargados de jorobas, pintados de amarillo y de verde, con grandes relojes en las nalgas, con reyes de naipes en los carrillos, con las manos hinchadas ó exangües, con las piernas como cañas de pescar y los vientres como melones fabulosos, los hombres que más emociones nobles nos han proporcionado durante estos últimos diez años.

Convertido en moderno y bilioso Asmodeo, Lajeunesse se ha introducido en los palacios de la lite-

ratura moderna, y, no contento con levantar techos, ha entreabierto las almas y los cerebros, y ha visto pensar y sentir. — Ese viejo lleno de pelos grises, muy miope, caduco y raquítico, que trata aun de hacer algún ruido con un tamboril destemplado, es Alfonso Daudet. ¿Y el que está á su lado, el joven fatuo, y fastidiado y fastidioso, que habla en largos períodos oscuros y llenos de palabras, dignos de un sacamuelas pedante? Ese joven es Leon Daudet, el hijo del maestro. Ese otro que se pasea por las calles de París creyéndose un « mundano, » un hombre *chic*, un príncipe de la elegancia, y que, de pronto, al encontrarse frente al espejo de un peluquero, exclama: « ¡Pero si parezco un rufián de baja especie! », ese rey destronado de la distinción social se llama Paul Heriveu. — Un caballero que no tiene que hacer se pone á contemplar su propia alma y ante la masa informe que su microscopio autopsicológico le ofrece, declara sinceramente: « Eso es feo, eso es sucio y ocupa mucho lugar; tiene glándulas y jorobas, parece un absceso de intestino y un tumor de várices; es horrible y es mi alma... ¿Es horrible? ¿Y por qué? No; más bien es chusco y carece de atractivo. Y sin embargo, bien se ve que es una bonachona y triste alma, un alma pesada, sin vocación. No había nacido ni para la virtud ni para el vicio. Es un alma de pobre diablo. »

El que así se expresa hablando de su propia alma, es Joris-Karl-Huysmans, autor de *A Rebours* y de *La Bas*. — El que viene después se llama Emilio Zola y también es sincero. Oidle: « He escrito libros — dice — libros inmensos, pesados; y he dicho de qué modo los he escrito, á qué hora los he concebido, cuántas líneas por hora, cuántas palabras por línea, cuántas letras por palabra, cuántas ideas por hectómetro, cuánta tinta por metáfora... Lo he dicho todo, sin decir gran cosa. »

...Y la inmensa caravana de ingenios vestidos de saltimbanques, continúa, á lo largo de las cuatrocientas páginas del libro, marchando con pasos cómicos y hablando sinceramente, con sinceridad de comedia ó de farsa. Los unos dicen en prosa sus pecados grotescos; los otros se confiesan en verso, insultándose todos á sí mismos, sin pudor, sin miedo, sin reticencias, sin hipocresías, sin discreción, sin artificios, como si fuesen á ser juzgados en el Juicio Final de las Letras por el dios Polichinela.

Oíd á nuestro maestro Heredia en su examen de conciencia poética:

« Je suis Celui-Qui-Met-En-Fuite-Les-Idees.
Et quand vers elles je m'avance d'un pas lourd,
Du pas dont vers Arz-Roum marchait le beigh Timour
— Mais ses manœuvres sont elles élucidées? —

Elles s'envolent si légères; évidées!
Hautaines comme des flots de dentelles à jour
Et douces et moqueuses et fuyant autour
De ce pauvre homme que je suis aux mains ridées!

Elles me frôlent, me souffletent de leurs ailes;
Impuissant je soupire en les voyant si belles,
Si lointaines et si proches — c'est un record —

Mais pour me consoler de leur fuite sereine,
Pour oublier leur haine et ma chaîne et ma peine
J'ai l'admiration de Monsieur Melchior. »

... Todo eso es duro, agrio, grotesco, cruel, energúmeno, loco terrible... Y todo eso es justo sin embargo, desde el punto de vista de la caricatura y de la parodia. Y el que ha imaginado todo eso, es una excelente persona cuya maldad no reside sino en la superficie del alma, y cuya alma verdadera es una pobre alma de poeta sentimental, atormentada y tímida.

*
* *

En efecto...

Lajeunesse es una persona excelente. Yo le quiero tanto como le admiro.

Después de la primera charla, en la cual no pude ver sino el aspecto desagradable y bilioso de su carac-

ter, otras charlas menos literarias y más íntimas me han revelado el fondo verdadero de su ser psíquico. Juntos hemos visto desfilar, ante una copa de aguardiente de la Torre de Nantré, las noches de agonía del alegre Chat-Noir. Juntos nos hemos paseado melancólicamente por las calles bulliciosas de Montmartre... Hemos pasado muchas veladas juntos. Y en esas horas de abandono y de intimidad, más de una vez he creído sorprender, en sus ojos sin hermosura, una lágrima de tristeza sensitiva, una de esas buenas y santas lágrimas que vienen á los párpados cuando una boca descada no quiere sonreírnos, cuando una mano blanca no quiere estrechar nuestra mano, cuando una falda conocida pasa junto á nosotros sin rozarnos...

Y así, cuando al tratar de imitar su sistema de confesiones forzadas me he figurado lo que hay en su corazón y en su cerebro, sólo he visto una novela breve y triste.

*
* *

Como todos nosotros, los peregrinos del Ideal, Lajeunesse llegó á París en busca de fama y de fortuna.

Traía un gran talento, y traía también muchas ilusiones, y traía además algunos manuscritos. Pero

los manuscritos eran provincianos... Al fuego, pues, lo que no era parisiense... Y en su pobre cuarto de hotel otro manuscrito, el primero que debía ser publicado, comenzó á surgir de las páginas blancas de un antiguo cuaderno de clase. ¿Era una novela? ¿era un cuento? ¿era un poema? Era todo eso y era algo más : era una fantasía apasionada, un canto de esperanza, de fe y de amor; un enjambre de imágenes delicadamente irónicas y suavemente febriles; algo en que se hablaba de mujeres, de la mujer, de vírgenes compasivas, de cortesanas piadosas, de almas enfermas, de nostalgias íntimas, de besos en flor, de caricias refinadas, de deseos, de desfallecimientos, de gracias, de perfumes, de blancuras y de lágrimas... Era un poema, una novela, un cuento, y al mismo tiempo era una queja y una plegaria.

En el nuevo manuscrito las frases armoniosas cantaban, entre las líneas menudas, sus canciones discretas y ardientes. Estaba terminado.

El joven poeta quiso recitarse á sí mismo su obra; púsose de pie; apoyóse en el mármol de la chimenea y comenzó á leer. De pronto, al levantar inconscientemente la cabeza para buscar en el espacio una palabra más musical que otra, vió su imagen en el espejo. Y se vió tan poco digno de cantar amores, con su pobre rostro de chicuelo feo y mal educado, que su obra le pareció ridícula... por ser suya.

Al día siguiente apareció en un diario del boulevard su primera sátira sangrienta contra un contemporáneo cualquiera.

*
**

Esa es la novela que he imaginado para explicarme el fondo secreto del alma de Lajeunesse.

Por lo demás, él mismo me dijo, una noche de franca melancolía :

— Yo soy un sentimental, un verdadero sentimental que ama, sufre, cree, espera y desea como los demás. Pero el Ridículo me inspira más miedo que el Dolor y la Muerte. Mi maldad es puro dandismo.

...¿Dandismo?... Puesto que él lo asegura... Y sin embargo en sus sátiras hay algo de verdaderamente amargo. Y en ciertas ocasiones, sus risas nerviosas y estridentes, suenan de un modo tan intenso como la gran carcajada de Aristófanes.

*
**

La risa cruel, que fustiga como un látigo ideal, tiene un gran mérito; — ¿quién lo duda? — pero yo personalmente prefiero la sonrisa irónica y melan-

cólica que murmura entre las frases con discretas sonoridades de melopea y que dá al conjunto una gracia vaga, un encanto indefinible. Y así cuando tengo que escoger entre Apuleyo y Juvenal, me quedo con Apuleyo; y cuando quiero admirar á Lajeunesse sin dejar de quererle, no leo un capítulo de sus *Noches* sino una página de su *Napoleón*.

*
**

La Imitación de nuestro señor Napoleón es un libro muy breve, en el cual Ernesto Lajeunesse ha encerrado algunas de sus meditaciones sobre la voluntad, sobre la energía, sobre la gloria, sobre la ambición y sobre el carácter aventurero. No es una obra histórica, ni tampoco un panegírico, ni menos aun un estudio político. Es sencillamente una colección de sonrisas y de ensueños, entre los cuales aparece, de vez en cuando, el César Moderno como pretexto, ó como ejemplo. Antes de comenzar á leer esa obra es necesario conocer la carta por medio de la cual Lajeunesse se lo dedicó á una joven actriz amiga suya : « No te echas á reír, chiquilla, si vengo á tí pálido, jadeante, plegado bajo el peso de las ambiciones, de los deseos, de las fiebres y de las pesa-

dillas : traigo los mundos y los traigo para tí. — Te he visto emperatriz y princesa : has sido ya Ifigenia y Berenice; mañana serás la infanta del « Cid » y la Eudósia de Bizancio; has sido también la muchacha del pueblo que llora y que muere; has cantado con tus labios jóvenes la canción de la Rebelión, y con tu corazón rubio y firme has exhalado los sollozos del Dolor y del Ensueño. Tú eres tú. — He aquí un libro que no puedo dedicar á mi madre porque las madres no quieren que sus hijos hablen de ser emperadores ó de dar un imperio á éste ó á aquél; he aquí un libro que tampoco quiero dedicar á un joven, porque está escrito para todos los jóvenes. Algunos dirán que me alejo de Balzac; otros se burlarán de mí, y otros, en fin, querrán no comprenderme.

En cuanto á los demás... Se trata de acción y de actividad... He aquí un libro por el cual tengo un gran cariño. En él hay largas charlas, en él hay heroísmo y en ciertas páginas también se habla en él de Napoleón. Pero yo no debo juzgarme á mí mismo... Así, pues, he aquí un libro por el cual tengo un gran cariño. Recíbelo con cariño aunque no sea ni un libro de amor ni un libro divertido. Hélo aquí. He aquí los mundos y el mundo, las esperanzas, el porvenir, la acción, el horror y los ensueños; las metáforas, la ternura, el drama y los dra-

mas, todo mi ser, toda mi alma... y algo más. Todo es para tí; tómallo. »

La página es encantadora. En ella está encerrada toda el alma íntima de Lajeunesse, con sus sonrisas, sus ternuras, sus orgullos, sus ingenuidades, su ligereza, su ironía y su pasión.